

GRAMATICA CLASICA, GRAMATICA ESPAÑOLA, HISTORIA DE LA LINGUISTICA

Dice E. H. Carr que «el historiador sin hechos no tiene raíces y carece de sentido; los hechos sin un historiador son cosa muerta y sin sentido /.../. La historia es un continuo proceso de interacción entre el historiador y sus hechos; un diálogo sin final entre el presente y el pasado»¹.

No sabemos si esto es cierto hablando de historia, pero lo es absolutamente hablando de historia de la lingüística. La teoría lingüística es la ciencia más antigua, puesto que existe desde que los hombres comenzaron a reflexionar sobre el hecho de su propio lenguaje y es ciencia abierta y sin terminar porque siempre habrá que volver a esos viejos pensamientos para esclarecer nuestro presente. La lingüística más moderna, la de nuestro siglo, creyó que con ella nacía una ciencia nueva y olvidó un poco el pasado. La ciencia nueva que nacía era la lingüística comparada, que era ciencia, que era nueva, porque no se había conseguido hasta entonces y, cuando se había vislumbrado, había sido entre opiniones equivocadas y llenas de prejuicios. Pero esa ciencia nueva no era toda la lingüística. Casi a partir de la mitad de nuestro siglo el campo de la lingüística se amplía. Ya no se pueden identificar, a partir de ese medio siglo, ciencia lingüística con lingüística histórica comparada. La lingüística es fonética y es sintaxis y es semántica. En ese punto de amplitud de objetivos la ciencia nueva no nace en

¹ E. H. Carr, *What is History?*, Penguin Books, Londres, 1964, 2.^a ed., pág. 30.

este siglo. Tiene largos claros antecedentes. Es hora de valorar la investigación antigua a la luz de los puntos de vista nuevos.

Sin descripción del habla, sin descripción de las hablas, no puede haber ciencia de la lengua. La lingüística es la ciencia de la descripción de las hablas. Pero también lingüística es la ciencia de los principios que nacen de esas descripciones concretas. Hay una tercera lingüística, también, que es la reflexión sobre las teorías que surgen de las descripciones o que están latentes en toda descripción. A veces a este tipo de reflexión se le ha llamado «historia de la lingüística», pero es algo diferente y algo más profundo. La reflexión sobre las teorías del pasado las utiliza por lo que iluminan nuestro presente. Quizás sea historia de la lingüística, pero historia en su sentido más fundamental y profundo.

La tradición lingüística ha sido innecesariamente —y creemos que un poco trágicamente— recortada en las investigaciones de los primeros cincuenta años de nuestro siglo. La gran creación de la lingüística comparada del siglo XIX y los estudios sincrónicos del siglo XX han hecho olvidar un poco a algunos historiadores de la lingüística que no sólo la descripción de lenguas, sino la teoría sobre esas lenguas que se describen tiene en Europa unas inmensas raíces griegas y romanas; inmensas e importantes. Whitney en su *The Life and Growth of Language* (1875), libro que influyó poderosamente en Saussure², decía que «los progresos hechos... por el espíritu humano han sido tan débiles durante tanto tiempo, que se puede decir que la lingüística es una ciencia moderna como la geología y como la química y como ellas pertenece al siglo XIX»³.

Por ser ciencia de su siglo, Whitney dedica sólo dos páginas a tratar la historia de esa ciencia que él veía como recién nacida. Bréal en 1875 dedicaba al estudio de la historia de la lingüística setenta páginas y el punto de partida es Bopp. Todos los demás son precursores y no lingüistas con derecho propio⁴. Lo mismo hace Meillet, que en 1903 traza en treinta y cinco páginas la historia de la lingüística que comienza en Bopp y sólo de paso hace alusión

² Tullio de Mauro en su edición de F. de Saussure, *Curso di linguistica Generale*, Laterza Bari, 1972, 2.ª ed., págs. 299-300.

³ W. D. Whitney, *Life and Growth of Language*, Londres, 1867, págs. 260-261.

⁴ Bréal, introducción a su traducción francesa de la Gramática Comparada de Bopp, F. Bopp, *Grammaire Comparée I*, París, Imprimerie National, 1875.

a los indios y a los griegos⁵. Saussure abre su célebre libro con un capítulo sobre la historia de la lingüística. A la antigüedad se la cita en tres líneas despectivas⁶. Jespersen es el único que concede más importancia a lo anterior a 1800 y es porque no identificaba lo lingüístico con la evolución fonética⁷. La obra más fundamental de conjunto sobre la lingüística histórica sigue siendo la obra de Pedersen, traducida y aumentada por Spargo. En esa obra lo que ellos llaman «antigüedad pagana» ocupa sólo tres páginas y media. En esas breves páginas la única consideración fundamental que se hace es una crítica dolorida al hecho de que griegos y romanos, a pesar de estar en contacto con otras lenguas, no plantearan bien el problema de los orígenes del lenguaje. «El mundo antiguo confió a Europa un pesado legado con equivocaciones acerca de la historia del lenguaje»⁸. Los manuales más recientes no mejoran este panorama crítico. Ni Leroy⁹, ni Ivić¹⁰ conceden importancia a la lingüística de la antigüedad. Sólo Arens¹¹ la trata más extensamente, pero sin llegar a hacer una verdadera valoración. Mounin también le concede una cierta importancia, pero su estudio, de segunda mano, se ve ofuscado por ver solamente la aportación de la gramática antigua a los problemas de la fonética¹². En los últimos años Robins¹³ es el único que ha presentado un verdadero juicio valorativo desde el punto de vista de la lingüística moderna. Otros autores,

⁵ A. Meillet, *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*, París, 1903.

⁶ F. de Saussure, *Cours de linguistique générale*, ed. crítica de Tullio de Mauro, París, Payot, 1973, pág. 13: «on a commencé par faire ce qu'on appelait de la 'grammaire'. Cette étude, inaugurée par les Grecs, continuée principalement par les Français, est fondée sur la logique et dépourvue de toute vue scientifique et désintéressée sur la langue elle-même; elle vise uniquement à donner des formes correctes; c'est une discipline normative, fort éloignée de la pure observation et dont le point de vue est forcément étroit».

⁷ O. Jespersen, *Language: Its nature, development and origin*, Londres, Macmillan, 1922, págs. 19-99.

⁸ H. Pedersen - J. W. Spargo, *The discovery of language*, Bloomington, Indiana Univ. Press, 1962, pág. 1.

⁹ M. Leroy, *Les grands Courants de la linguistique moderne*², Bruselas, Universidad, 1971, págs. 4-5.

¹⁰ M. Ivić, *Trends in Linguistics*, La Haya, Mouton, 1965, págs. 15-21.

¹¹ H. Arens, *Sprachwissenschaft*, Munich, Albert Reiburg, 1969.

¹² G. Mounin, *Histoire de la linguistique*², París, PUF, 1970.

¹³ R. H. Robins, *A Short History of Linguistics*, Londres, Longmans, 1967.

como Steintal¹⁴, Sandys¹⁵, Pfeiffer¹⁶, han insistido más en lo que los antiguos han representado para la filología y sólo de pasada lo que han significado para la gramática. Hasta Hjelmslev dice que «hace falta sobre todo comprender que la lingüística tradicional no es una teoría sobre la que se ha construido una práctica. Al contrario, la lingüística tradicional es una práctica y nada más; una simple práctica que se ha querido justificar después por diversos ensayos teóricos en parte rudimentarios»¹⁷. Nada más injusto que esa afirmación.

Es decir: la aportación a la teoría lingüística de la antigüedad clásica ha sido olvidada por la enorme eclosión de la gramática histórica, que casi exclusivamente fue fonética histórica. Pero, cuando en la actualidad se establecen teorías sobre las descripciones sincrónicas, se sigue olvidando la existencia de unas viejas teorías que pueden dar doble luz sobre problemas actuales. Una luz directa sobre problemas que los griegos y romanos llevan a una perfección de planteamiento; una luz indirecta: equivocaciones y falsas afirmaciones de nuestras gramáticas actuales nacen de falsos planteamientos de esa antigua tradición. Examinarlos puede iluminar con claridad ciertas discusiones presentes.

La gramática occidental ha tenido una larga tradición totalmente encadenada. La unidad que Curtius señaló para la literatura¹⁸ es cierta en mayor medida para el hecho gramatical. Junto a la corriente de la literatura clásica, que permea todas las creaciones romances hasta el romanticismo, existe una influencia de literatura oriental canalizada y enriquecida por la influencia directa hebrea y árabe. En las teorías gramaticales, hasta el redescubrimiento de Panini en 1891, cuando aparece la edición de Boetlingk, la influencia de gramáticas que no sean la griega o la latina es absolutamente despreciable. Creo que la primera referencia a una teoría grama-

¹⁴ H. Steintal, *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römer*, Berlín, 1890, reimp., 1961.

¹⁵ J. E. Sandys, *A History of Classical Scholarship*, I, 3.ª ed., Cambridge, Mass. Univ. Press, 1921.

¹⁶ R. Pfeiffer, *History of Classical Scholarship*, Oxford, Univ. Press, 1968.

¹⁷ *Actes du XI^e Congrès International des Linguistes*, París, 1949, pág. 474.

¹⁸ E. Curtius, *Literatura Europea y Edad Media Latina*, trad. esp. M. F. y A. Alatorre, México, Fondo de Cultura, 1956.

tical que no sea la clásica se encuentra en la *Minerva* del Brocense¹⁹ y sólo de pasada, para confirmar una teoría que ya estaba en Platón.

Cuando el más moderno Chomsky cree haber descubierto sus teorías en Humboldt y Port-Royal, puede ser interesante escuchar esos viejos ecos del pasado. A veces es casi más interesante redescubrir que inventar.

No vamos a analizar ni la totalidad de las gramáticas, ni la totalidad de sus aportaciones. Pretendemos hacer unas calas que puedan dar idea de la riqueza de su contenido y cómo pueden esclarecer problemas teóricos de nuestro presente, sin que pretendamos un estudio cronológico de los gramáticos.

El punto de partida de la gramática clásica está en los sofistas. El punto más alto de una curva creciente está en Dionisio Tracio. A partir de Dionisio Tracio habrá diversas formulaciones, pero la teoría subyacente a las afirmaciones aisladas seguirá siendo la misma.

La aparición de la teoría gramatical presupone la existencia del libro como obra terminada. No simplemente la escritura, sino la representación escrita de una creación que posiblemente fue primero oral²⁰; y al lado del libro, la existencia de un espíritu de crítica hacia el mismo libro. «El espíritu griego nunca llegó a inclinarse a aceptar una tradición simplemente porque estaba puesta por escrito en libros»²¹. El libro era necesario para la conservación de la palabra. Decía Plinio el Viejo *cum chartae usu maxime humanitas uitae constet, certe memoria (Naturalis Historia XIII 68)*, pero el estudio gramatical era necesario para la interpretación y discusión del texto. Por eso la gramática es el comienzo de la educación, como se nos dice en el fragmento de Antístenes: ἀρχὴ παιδείσεως ἡ τῶν ὀνομάτων ἐπίσκεψις (*Art. Script. B. XIX 6*). La investigación de las

¹⁹ Sánchez de las Brozas, *Minerva*, I, 2.; cf. Hitti, *The Arabs*, 7.^a ed., Londres, 1970, pág. 241.

²⁰ Contra esta opinión tradicional, E. R. Dodds, «Homer as Oral Poetry», en *Fifty Years of Classical Scholarship*, Oxford Univ. P., 1954, págs. 13-17. Para el estado actual de la discusión, A. B. Lord, «Perspectives on recent work on oral literature», en J. J. Duggan (ed.), *Oral Literature*, Edimburgo, Scottish Academic Press, 1975, págs. 1-24.

²¹ R. Pfeiffer, *History of Classical Scholarship*, Oxford Univ. P., 1968, pág. 32. Para la adversión de Platón al libro y al conflicto entre la palabra escrita y oral, cf. P. Friedländer, *Platón I: Senswahrheit und Lebenswirklichkeit*, Berlín, Gruyter, 1954, págs. 114-128.

palabras es el comienzo de la educación. La gramática india parece ser que comenzó con el fin de preservar los textos y la gramática árabe ciertamente nace con esa finalidad²².

Este punto de vista griego es absolutamente nuestro. El objeto de la gramática, cualesquiera que sean sus fundamentos teóricos, es descubrir la razón por la cual un enunciado lineal es algo más que una agrupación accidental.

Para esto los griegos realizan tres hechos fundamentales en su concepción lingüística: constituir los estudios gramaticales como ciencia; establecer un proceso analógico que es el único camino de reducir a unidad las manifestaciones concretas del lenguaje y analizar las unidades discretas de la comunicación. Como es natural, el orden en el que se producen los avances científicos es el inverso de como lo hemos enunciado, porque el pensamiento griego parte del análisis de la realidad.

Los griegos realizan la perfección de la invención de la escritura²³ al asignar un grafema a cada fonema. No es que surgiera la perfección de su alfabeto de un previo y exacto análisis lingüístico como quiere hacernos creer Lejeune²⁴. Inventaron su alfabeto y reflexionaron sobre su lengua. El invento de su alfabeto quizás ayudó a poder considerar las unidades mínimas sonoras, que se identificaban con sus representaciones gráficas, las letras. La fonética de los gramáticos griegos no está dominada por la preocupación de describir exactamente los modos de pronunciación. La preocupación griega ante los sonidos estaba dominada por una idea: la relación de unos sonidos con otros en la cadena fónica. Si Panini nos da una descripción exacta de los sonidos indios desde un punto de vista articulatorio obedece su realización a la preocupación religiosa que domina toda la lingüística india. La palabra religiosa ha de ser

²² R. Blanchère, *Histoire de la littérature arabe*, I, París, 1952, 108 y el testimonio de los gramáticos, por ejemplo el de Farrá en su *Ma'ani al-Qur'an* o el de D'Ibn Jinni. Cf. A. Mehiri, *Les théories grammaticales d'Ibn Jinni*, Túnez, Pub. Univ., 1973, págs. 157 y sigs.

²³ M. Cohen, *La grande invention de l'écriture*, París, Klincksieck, 1958, pág. 417.

²⁴ J. Lejeune, «La curiosité linguistique dans l'Antiquité classique», *C. I. L.* (1940-1948) 45. Contrario a esta opinión Meillet, que estima que la «estructura de la lengua» es lo que condiciona el perfeccionamiento. Cf. Meillet, «La langue et l'écriture», *Scientia* 26, 1919, págs. 290-293.

bien pronunciada. Pero en Panini no existe una consideración funcional del sonido como en la más antigua fonética griega.

La fonética griega define el sonido como la unidad mínima (indivisible) (Platón, *Cratilo*, 424 c-d; Aristóteles, *Poética*, 1456^b, 1457^a), pero lo importante es que esa unidad mínima aparece organizada o con capacidad de organizarse en unidades superiores. Dice Platón que la gramática «es el arte de saber qué letras /sonidos/ se combinan con cuáles» (*Sofista*, 253 a). El texto y la teoría fundamental se encuentra en Aristóteles (*Poética*, 1456^b). Es un texto de interpretación difícil. He aquí el texto:

«De todas las expresiones del lenguaje las siguientes son sus partes constitutivas: unidades mínimas sonoras (στοιχείον), sílabas (συλλαβή), morfemas de conexión (σύνδεσμος), nombre (ὄνομα), morfemas finales de flexión (πτῶσις), oraciones (λόγος). Una unidad mínima sonora (στοιχείον) es un sonido (φωνή) que no es analizable, no cualquiera, sino aquel que por su naturaleza puede llegar a formar un sonido (φωνή) compuesto, puesto que los animales también tienen sonidos (φωναί) no analizables, pero no le doy a ninguno de ellos el nombre de unidades mínimas sonoras (στοιχείον)».

El texto aristotélico parece difícil de interpretar en sus términos técnicos²⁵. Para justificar nuestra interpretación hay que observar que se trata de una terminología lógica o metafísica, que se aplica al ser concreto de la lengua.

El término στοιχείον es distinto del término empleado para designar las letras (γράμματα), aunque a veces se emplee como sinónimo (*Cratilo*, 426^d)²⁶. El término en física designa los últimos elementos en que puede dividirse la materia, en lógica el último principio fundamental (Aristóteles, *Retórica*, 1358^a 35) y en Aristóteles, en general, todo lo que es unidad mínima y última (*Metafísica*, 1014^b 3)²⁷.

El sonido compuesto, φωνή συνθέτη, no es simplemente la unión de sonidos, sino la unión de sonidos organizados. El sonido

²⁵ Mounin, *Histoire de la linguistique*, París, Press. Univ. Franc., 1970, pág. 92, traduce, creo que equivocadamente, por «La lettre est...».

²⁶ H. Steinthal, *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern*, Berlín, I. F. Dümmler, 1890, págs. 249 y sigs.

²⁷ Cf. Liddell-Scott-Jones, *A Greek-English Lexicon*, Oxford Univ. Press, 1968, pág. 1647^b.

humano es compuesto (σύνθετος) y por tanto analizable (διαίρετος), mientras que los de los animales son no analizables (ἀδιαίρετος), no porque no sean compuestos, sino porque no están organizados²⁸. La explicación creo que es correcta, porque se puede confirmar con un texto de su *Metafísica*. Por unidad mínima (στοιχείον) se entiende aquello de lo que algo está compuesto (σύγκειται) /.../; un ejemplo son las unidades mínimas sonoras (φωνῆς στοιχεῖα) de las que el sonido está compuesto (σύγκειται) y en las que, como en sus últimos componentes, puede ser analizado (διαρεῖται) (*Met.* 1014^a 26)²⁹.

Esta consideración funcional, que ya aparece en la organización del material sonoro, es la misma que preside la concepción de la flexión (πτῶσις) y la fundamentación de las discusiones sobre la analogía.

Originariamente, la πτῶσις se refería a toda modificación de la forma de una palabra (*Arist., Poét.*, 1457^a 18). Lo mismo lo aplica Aristóteles a la variación casual que a la variación de género (*Ref. Sof.*, 173^b 27); a los adjetivos derivados de nombres (*Retórica*, 1410^a 32) como a la flexión verbal (*Inter.*, 16^b 17). Esto presupone la conciencia de la unidad fundamental de la palabra por encima de sus variedades accidentales. Si la gramática para Platón era el arte de ver qué sonidos se combinan con cuáles (*Sofista*, 253^a), en Aristóteles sería el arte de saber qué modificaciones pueden recibir ciertas palabras, siendo de alguna manera las mismas. El problema gramatical sería un caso concreto de su teoría metafísica del cambio. El movimiento, el cambio, y la flexión es un caso concreto de cambio, tiene una composición híbrida. Para ser comprendido debe llevar en sí un principio ontológico parmenídeo de permanencia, de semejanza y un principio heraclitiano de oposición, de alteración³⁰.

²⁸ Steinthal propone la variante de «comprensible», pero parece poco probable, ya que el sonido de los animales es evidentemente comprendido como tal, Steinthal, *Geschichte...*, I, pág. 48.

²⁹ H. B. Rosén, en «Some thoughts on Aristotle's Classification of Phonemes», *Proceedings of the Eleventh International Congress of Linguists*, Bolonia, Soc. ed. il Mulino, I, 1974, págs. 113-116, llega a deducir la existencia del concepto de fonema. Parece excesivo. Lo que es evidente en una consideración funcional del material sonoro. Afirma que se trata de una organización, aunque no llegue a afirmar cómo es tal organización.

³⁰ Cf. J. Voss, «Aristote et la théorie énergétique du langage de W. von Humboldt», *Revue Philosophique de Louvain* 72, 1974, págs. 482-508.

Los nombres y los verbos tienen flexiones (πῶσις), que luego se traducirían por «casos», aplicados al nombre para separar la flexión nominal de la verbal. En Aristóteles el N. no tiene caso alguno y los estoicos inventan el término de caso recto. La distinción parte de dos puntos de vista diferentes. Para Aristóteles en el nombre de N. está la potencia de todas las demás funciones. Se encuentra con dificultad para separar en una lengua flexiva el significado puro de un término de su función³¹. Las cosas podían ser idénticas y los nombres que las designaran diferentes, como había demostrado Calímaco recogiendo las diversas nomenclaturas de los mismos peces en diversas ciudades³². Los nombres podían ser diferentes por su flexión y designar las mismas cosas. En esta intuición aristotélica está el principio de la gramática. Llevaba razón Dion Crisóstomo cuando decía: «Aristóteles en quien /.../ la gramática comienza» (*Sobre Homero*, 36, 1).

El hallazgo de los casos es quizás el hecho de más trascendencia de la teoría aristotélica.

Los casos suponen una afirmación de la unidad de la palabra en una variedad de funciones. Los casos se identifican por la variedad de formas, pero las formas no son tales formas gramaticales por una identidad física de igualdad de sonidos, sino por poseer la misma función. Así un N. o un G. de la primera o tercera declinación son diferentes en la realidad física de sus morfemas, pero son idénticos porque expresan la misma función. El que todos hayamos comenzado nuestros estudios por la música escolar y lejana del *musa, musae*, ha hecho perder el asombro ante la intuición aristotélica. Hoy día formulamos quizás mejor esta invención al hablar

³¹ E. Sittig, «Das Alter der Anordnung unserer Kasus und der Ursprung ihrer Bezeichnung als 'Fälle'», *Tübinger Beiträge zur Altertumswissenschaft* 13, 1931, págs. 25 y sigs. Quiere M. Kohlhammer, Stuttgart, 1931, págs. 25-27, hacer remontar el concepto de caso a la gramática jonia del siglo VI. Se opone a la opinión E. Barwick en recensión del libro de Sittig, *Gnomon* 9, 1933, págs. 587-594, criticando los testimonios aducidos y haciendo notar que de esa «escuela jónica», si existió, no sabemos nada. La opinión más común y autorizada es la que asigna a Aristóteles la invención del término y el concepto del caso. Véase M. Pohlenz, *Die Begründung der abendländischen Sprachlehre durch die Stoa*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1939, pág. 168.

³² Calímaco, ed. R. Pfeiffer, Oxford, Univ. Press, 1949-1953, frag. 406.

de formas alomórficas de un mismo morfema, pero no pasamos del punto de vista del viejo Aristóteles³³.

Ni Aristóteles, ni los demás gramáticos, con la posible excepción de Máximo Planudes³⁴, ahondaron más en la teoría de los casos. No pusieron de manifiesto unos hechos de enorme trascendencia para la construcción de gramáticas futuras. Un mismo caso puede tener funciones diferentes: una forma Ac. lo mismo podía tener la función de sujeto en ciertas circunstancias que de objeto directo en otras. La teoría gramatical clásica hace un recuento y clasificación de formas; estudia las diversas significaciones concretas que esas formas puedan tener en el conjunto de un sintagma. El camino era de una enorme evidencia, dada la estructura flexional de la lengua. Pero esa misma claridad de planteamiento hizo que los aspectos verdaderamente sintácticos quedaran fuera. Saben lo que es un nombre, pero difícilmente llegan a conocer lo que es un sujeto. Apolonio Díscolo, aunque Prisciano lo llamara *maximus auctor artis Grammaticae* (Pris. XI 1, 1), no llega a establecer con claridad lo que es una concordancia o una dependencia, que son el fundamento de toda construcción sintáctica (*Synt.* II 25; III 17 y 18; IV 16)³⁵.

Tampoco se dieron cuenta de que una misma forma, un mismo caso, podía desarrollar, no simplemente funciones gramaticalmente diferentes, sino de distinto nivel de análisis. Un genitivo en un adjetivo expresa una función morfosintáctica, pero en un nombre expresa una función semántica³⁶.

³³ La polémica sobre si existen casos o no existen en español lo ha sido por mal planteamiento del problema. Si caso es la clasificación de unas variedades de funciones, clasificadas por la regularidad de las formas, no puede haber casos donde no hay regularidad flexional, sino identidad funcional. Si llamamos caso a la función misma, ejercida por otros procedimientos, que en lenguas flexionales se hacían por una función, entonces se puede hablar de casos. De lo que no se puede hablar es de «declinaciones» en unas lenguas no flexionales.

³⁴ Redescubierto por Hjelmstev y ponderado quizás con exageración: E. Hjelmstev, «La Catégorie des cas», *Acta Jutlandica* VII, 1, Aarhus, 1935, págs. 11-12. Véanse las precisiones de R. H. Robins, «The case Theory of Maximus Planudes», *Proceedings of the eleventh international Congress of Linguists*, Bolonia, Il Mulino, 1974, págs. 107-116.

³⁵ E. Egger, *Apollonius Dyscole: Essai sur l'histoire des theories grammaticales de l'Antiquité*, Paris, 1854, pág. 236.

³⁶ El análisis de las diversas funciones, pero considerándolas en el mismo plano de análisis, dio el esquema de construcción a las gramáticas posteriores

Pero esta falta de claridad, que ha tenido una enorme influencia en ciertas dificultades de nuestras gramáticas, no oscurece la genialidad de este planteamiento inicial. La discusión de los fundamentos ideológicos de lo que supone la creación del concepto de caso o flexión fue fundamentada en la teoría de la analogía y su polémica contra los anomalistas. La polémica enfrentaba dos ciudades: Alejandría y Pérgamo; dos corrientes de pensamiento: aristotélicos y estoicos; dos modos de análisis literario. Las teorías no están muy

que siempre se articulan siguiendo los casos y estudiando los «empleos» primarios y secundarios. Estructurar las gramáticas latinas o griegas partiendo de las funciones para llegar a las formas es todavía un sueño. Cf. N. Dressler, «Comment décrire la syntaxe des cas en latin?», *Revue de Philologie*, 3.^e Sér., 44, 1970, págs. 25-36. El análisis de las diversas funciones, consideradas en diversos planos de análisis, es interesantísimo, pero está fuera de nuestro propósito. Brevemente, podemos señalar que, aparte de un estudio de más orientación filosófica que lingüística de A. Marty, *Zur Sprachphilosophie. Die «logische», lokalistische und andere Kasustheorien*, Halle, 1910, el planteamiento del problema se debe al estudio de Hjelmslev, «La Catégorie des cas», *Acta Jutlandica* VII, 1 (Aarhus, 1935); IX, 2 (Copenhague, 1930). Jakobson prosigue en esta dirección en «Beitrag zur allgemeinen Kasuslehre», *TCLP* 6, 1936, págs. 240-288. De Groot en *Mélanges de linguistique offerts à Ch. Bally*, Ginebra, 1939, págs. 107-127, decía que «se puede definir la forma de los casos... como semantemas que son determinantes en relación con un radical. Cf. nuevas clasificaciones en «Classification of Cases and Uses of Cases», *For Roman Jakobson*, La Haya, 1956, págs. 187-194. Kuryłowicz establece funciones semánticas y sintácticas para todos los casos, menos para el nominativo, cf. J. Kuryłowicz, «Le problème du classement des cas», en *Esquisses linguistiques*, Cracovia, 1960, págs. 131-150. El artículo se publicó originariamente en 1949. Su posición la resume en su libro *The Inflectional Categories of Indo-European*, Heidelberg, 1964. Distinta clasificación asignando a los casos cuatro valores genéricos y cuatro específicos en M. Lavency, «A propos de la Syntaxe des cas en latin classique», *Les Études classiques* 37, 1869, págs. 325-337. J. Perrot no esclarece demasiado la cuestión en su artículo «Le fonctionnement du système des cas en latin», *Revue de Philologie*, 3.^e Série, 40, 1966, págs. 217-227. En el libro de G. Calboli, *La linguística moderna e il latino*, Bolonia, 1972, se hace un recuento de teorías, se llega a la conclusión de que «el método estructural es insuficiente para resolver el problema de los casos» (pág. 218) y se propugna aplicar el método transformacional, nuestra última panacea. Estos estudios no tienen nada que ver con la «gramática de los casos» surgida por el artículo de C. J. Fillmore, «The case for case», en E. Bach y T. T. Harms (ed.), *Universals in Linguistic Theory*, Nueva York, 1968, pág. 88. Para Fillmore, «la noción de caso comprende un conjunto de conceptos, presumiblemente innatos, que identifican ciertos tipos de juicios que los seres humanos son capaces de hacer de los sucesos que suceden a su alrededor» (68). Este planteamiento, de escuela chomskyana, ha producido larga y confusa literatura.

claras en sus términos griegos y debemos a Varrón su más claro planteamiento (*De ling. lat.* VIII 23, 25-27 principalmente)³⁷.

Todo este desarrollo ideológico permite el que se pueda producir en Alejandría la primer gramática occidental, la de Dionisio Tracio.

Dionisio Tracio (170 ? - 90 a. C.) no es el primer autor de un tratado de gramática, pero su texto gramatical es el único que nos queda de esa época. Como todo manual, recoge las intuiciones aisladas de los autores anteriores y las sistematiza y, como todo manual, es menos genial que la obra fragmentaria en la que se apoya. Como dice Arens, Dionisio Tracio «en pocas páginas ofrece el resultado de cuatrocientos años de esfuerzos sobre el lenguaje»³⁸.

Dionisio Tracio vivió hacia el 120 a. C. Era alejandrino. Su apelativo de Tracio le viene por su padre, que quizás se llamaba Teres, nombre que parecía tracio. Discípulo de Aristarco en Alejandría y maestro de retórica en Rodas. En Rodas tuvo a Tiranión el Viejo como discípulo, quien pudo ser el eslabón que unió la gramática griega alejandrina con la gramática latina³⁹. Escribió comentarios que no conocemos y una pequeña gramática que ha llegado a nosotros en su texto original griego⁴⁰ y en una traducción armenia⁴¹ y otra siria⁴².

³⁷ Cf. F. Collar, *Varron Grammaticien latin*, París, 1954, y «Analogie et anomalie», en Varrón, *Entretiens sur l'antiquité classique* IX, 1963, págs. 117-140. También, pero muy polémico, D. Fehling, «Varro und die grammatische Lehre von der Analogie und der Flexion», *Glotta* 35, 1956 págs. 214-270; 36, 1957, págs. 48-100.

³⁸ H. Arens, *Sprachwissenschaft*, Munich, Freiburg, 1969, pág. 21.

³⁹ Todos los datos biográficos que conocemos están en un largo artículo de M. Schmidt, «Dionys der Thraker», *Philologus* 7, 1852, págs. 360-382; 8, 1853; 510-520. La atribución a Dionisio Tracio, que Bekker hizo sin dudarlo, al editar el texto en 1816, encontró dudas en Götting en 1822. La disputa se replantea de nuevo con el artículo de V. di Benedetto, «D. de T. e la Techne a lui attributa», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 27, 1958, págs. 169-210; 28, 1959, págs. 87-118.

⁴⁰ Edición en I. Bekker, *Anecdota Graeca* II, Berlín, 1816, págs. 627-643. Edición crítica de G. Uhlig, Leipzig, 1883. Al margen pone la paginación de Bekker. Los escolios a la gramática, edición de A. Hilgard, *Grammatici Graeci* III, Leipzig, 1901.

⁴¹ N. Adontz M., *Denys de Thrace et les commentateurs arméniens*, Lovaina, 1970.

⁴² E. O. A. Merx, *Historia Artis Grammaticae apud Syros*, Abhandlung für die Kunst des Morgenlandes, Band IX, 2, 1935.

Texto breve, pero muy comentado. A las quince páginas, poco más o menos, que forman el texto impreso de la gramática de Dionisio Tracio corresponden más de trescientas páginas de escolios en la edición de Hilgard, y este libro breve entrega el esquema a Occidente de todas las construcciones gramaticales. Forbes ha dicho, para la lengua inglesa, que cada gramática de esta lengua lleva la huella de la de Dionisio Tracio⁴³. Lo mismo se podía decir de la de cualquier otra. No porque haya influido directamente, sino porque su esquema se repite en la *Ars Grammatica* de Remio Palemón y de él pasa a Carisio, Diomedes, Donato, Prisciano.

Hasta su estilo cortado y enunciativo ha producido el tradicional estilo enjuto de los gramáticos. No es nuestra intención examinar exhaustivamente los párrafos de Dionisio Tracio⁴⁴, sino establecer el punto de vista de su análisis del lenguaje. La τέχνη γραμματική comienza por una definición de la gramática. Como dice Firth, «cualquier definición de la palabra 'gramática' presupone implícita o explícitamente una teoría gramatical»⁴⁵. Su definición es la siguiente: «gramática es el conocimiento (ἐμπειρία) del lenguaje empleado por poetas y escritores» (D. Tracio, pág. 5, 1, ed. Uhlig). Las dos palabras clave de la definición son τέχνη y ἐμπειρία; un modo específico de conocer, ἐμπειρία, y una forma específica de reducir a unidad lo conocido, τέχνη. La ἐμπειρία es el conocimiento que surge de la observación de fenómenos. La τέχνη hace consciente el conocimiento práctico de la ἐμπειρία. Steintal ha discutido largamente el significado de τέχνη y señala tres momentos en el empleo de la palabra. En un instante inicial τέχνη era el estudio de las cosas particulares. No llegaba a ser ἐπιστήμη (ἐμπειρία) o conocimiento superior por las causas. En un segundo momento hay que contraponer la τέχνη a la ἐμπειρία. La ἐμπειρία era el simple conocimiento práctico reducido de repetir las mismas acciones. La τέχνη sería la reflexión racional sobre esa experiencia. En una tercera época, en concreto en Platón, la τέχνη es casi igual que la ἐπιστήμη, es decir: la τέχνη originariamente no era más que una actividad

⁴³ P. B. R. Forbes, «Greek pioneers in Philology and Grammar», *Classical Review* 47, 1933, págs. 112.

⁴⁴ Una muestra de esta gramática en traducción castellana en F. Delgado, *Lingüística General*, Córdoba, Universidad, 1974, págs. 22-24.

⁴⁵ J. R. Firth, *Papers in Linguistics*, Oxf. Univ. Press, 1957, pág. 149.

práctica y de allí paso a significar la teoría y método de tal actividad⁴⁶. Aristóteles (*Metafis.* 981^a 5) define la τέχνη de la siguiente forma: «El arte (τέχνη) surge cuando de muchas nociones de la experiencia (ἐμπειρία) se llega a un único juicio universal». Como interpreta muy bien Pfeiffer, los alejandrinos de las observaciones del lenguaje (ἐμπειρία) de los poetas y oradores escribieron un sistema gramatical que es una τέχνη⁴⁷.

Esta definición nos da el fundamento metodológico de esta gramática. Se parte de la experiencia del lenguaje, y del lenguaje escrito. Dolerse de que no se hiciera sobre la lengua hablada sería un dolor ahistórico. La antigüedad clásica centra su educación sobre el buen uso de la palabra. La retórica era algo más que un conocimiento práctico de saber expresarse. Cuando a partir del Renacimiento se valora la creación popular, se seguirá tomando como base de la descripción gramatical la lengua escrita. Sólo al describir los sonidos se podrán hacer alusiones al uso diario.

En Dionisio Tracio la gramática y la filosofía están unidas. Algo así como la unión actual de la teoría lingüística y de la estilística. Jakobson dijo en un congreso que «la poética trata de la estructura verbal, igual que el análisis de la pintura trata de la estructura pictórica. Puesto que la lingüística es la ciencia global de la estructura, la poética hay que mirarla como parte integral de la lingüística»⁴⁸. Cuando hablaba así parecía un viejo amigo de Dionisio Tracio.

Las observaciones sobre el lenguaje se sistematizan por un criterio de formas y las formas se descubren o identifican como tales por sus funciones. No sabe distinguir tipos de funcionalidad y esto trajo las enormes dificultades a las gramáticas futuras. Sobre todo, lo que creará una larga tradición de oscuridades es el confundir los planos de análisis.

El párrafo 11 de su gramática trata de las partes de la oración. La unidad mínima de la oración es la palabra: «La palabra es la

⁴⁶ H. Steinthal, *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern* II, Berlín, Dümmler, 1891, págs. 169 sigs.

⁴⁷ R. Pfeiffer, *History of Classical Scholarship*, Oxford, Univ. Press, 1968, pág. 272.

⁴⁸ R. Jakobson, «Linguistic and Poetics», en T. Sebeok (ed.), *Style in Language*, Cambridge Mass., MIT Press, 1960, pág. 350.

menor parte de una oración que requiere composición» (pág. 8, II ed. Uhlig). El criterio para determinar y definir la palabra es un criterio descriptivo formal. Sin embargo, cuando Dionisio define la oración, no recurre a ese criterio que hubiera sido un criterio estructural. Recurre a un criterio de sentido, «la oración es la combinación de palabras que tiene significado completo» (*ib.*). El pensamiento completo es un criterio semántico cuyo valor depende de la situación en la que se expresa la comunicación.

Las partes de la oración y no las partes del discurso, como debía de haber dicho, son «nombre (ὄνομα), verbo (ῥῆμα), participio (μετοχή), artículo (ἄρθρον), pronombre (ἀντωνυμία), preposición (πρόθεσις), adverbio (ἐπίρρημα) y conjunción (σύνδεσμος)» (*ibid.*).

Para Platón no había más que dos partes de la oración: nombre y verbo. Aristóteles introduce los modificadores. Las partes de la oración serían nombre y verbo y los indeclinables. Los estoicos aceptan la división de Aristóteles, pero subdividen en el nombre el artículo, donde ellos incluyen al pronombre. Con la confusión de Dionisio de las partes del discurso con las partes de la oración y la fijación del número ocho como número de esas partes, la preocupación de mantener el número mismo hace a los gramáticos posteriores retorcer sus análisis para no disminuir ni rebasar lo establecido.

La gramática de Dionisio Tracio, junto con su composición analítica, entrega a la posteridad unos conceptos unificados fundamentales que son piedras indiscutibles de toda construcción gramatical: flexión, verbo, nombre, adjetivo, etc. Es más fácil aceptar sus datos como supuestos que intentar negarlos, de lo enraizados que están en nuestro pensamiento. Decía con razón y gracia Bello que: «Si como fue el latín el tipo ideal de los gramáticos, las circunstancias hubiesen dado esta preminencia al griego, hubiéramos probablemente contado cinco casos en nuestra declinación en lugar de seis, nuestros verbos hubieran tenido no sólo voz pasiva, sino voz media, y no habrían faltado aoristos y paulo-post-futuros en la conjugación castellana»⁴⁹.

⁴⁹ A. Bello, *Gramática de la Lengua Castellana*, 9.ª ed., Buenos Aires, Sopena, 1973, pág. 20.

Pero el problema es más profundo. Aunque se realizara una observación real, se estructuraban los datos según los resultados de las observaciones hechas para otra lengua. Sin embargo, en los comienzos no fue así. La gramática de Dionisio Tracio sigue siendo un punto de partida de todo un programa lingüístico: observación empírica de los hechos de comunicación y unificación cognoscitiva, estructuración desde un único punto de visión de los datos observados. La lingüística clásica, vista desde nuestros conocimientos actuales, es algo más que un fósil. Su conocimiento es indispensable para poder afirmar nuestra tradición lingüística, enderezar o sepultar.

Si se deja de lado el pensamiento retórico de la antigüedad, el pensamiento clásico sobre lingüística tiene dos capítulos bien diferentes. Hay, en primer lugar, una consideración sobre el lenguaje desde el punto de vista semántico. Esa consideración parte de Platón y los Sofistas; encontramos aportaciones en los estoicos que a través de San Agustín llegan a la filosofía medieval. Sobre esa base se construye la teoría medieval del signo como fundamento para la teoría del signo sacramental. En segundo lugar, encontramos unos problemas gramaticales que se sintetizan en Dionisio Tracio. Estos últimos son los únicos a los que hemos querido referirnos.

FELICIANO DELGADO